

ETNOGRAFÍA DE UN HÁBITAT DISPERSO DE MONTAÑA. LA MASÍA LA LEGUNA DE CORTES DE ARENOSO (CASTELLÓN)

ETHNOGRAPHY OF A SCATTERED SETTLEMENT IN THE MOUNTAIN. THE *MASÍA LA LEGUNA* AT CORTES DE ARENOSO (CASTELLÓN)

Pablo Vidal González

*Instituto Universitario de Antropología. Universidad Católica de Valencia
pablo.vidal@ucv.es*

RESUMEN

Etnografía de un asentamiento rural en zona de montaña, donde las condiciones de vida han sido, hasta su abandono, muy duras y alejadas de las comodidades de la modernidad. En el artículo se analizan los modos de vida de este protopueblo, donde la arquitectura de piedra en seco es mayoritaria. Las entrevistas a los antiguos pobladores del lugar aportan información etnográfica.

Palabras clave: Hábitat rural, poblamiento de montaña, piedra en seco, economía de subsistencia, paisaje construido.

ABSTRACT

Rural settlement ethnography in a mountain area, where life conditions were, until abandoning, hard and fare away from modernity commodities. In this article, life conditions in this hamlet, where dry stone are very important. Former settlers interview offer ethnographic information.

Keywords: Rural hábitat, mountain settlement, dry stone, subsistence economy, built landscape

1. Introducción

En la Comunidad Valenciana, tradicionalmente, hablar del hábitat disperso significaba hacerlo refiriéndose a las comarcas del Maestrazgo y el Ports, en Castellón. Hacerlo en la región de Aragón significaba destacar

las comarcas de Gúdar-Javalambre y el Maestrazgo, en Teruel. La abrupta orografía de las comarcas del interior valenciano, tremendamente montañosas y asociadas a una economía de subsistencia relacionada con cultivos de secano y a una ganadería preponderante, para explotar los más que escasos recursos naturales que ofrecían estos territorios, ha propiciado esta dispersión en el hábitat.

Este modelo de ocupación del suelo, mediante minúsculos núcleos de habitación, bien desperdigados por el territorio y que tienen a los pueblos como centros de referencia, pretendía exprimir al máximo el territorio, asociándolo a un uso intensivo de los pocos recursos que el frío, la altitud y los suelos, pedregosos y poco fértiles, ofrecían al habitante de estas extensas zonas de nuestra geografía: “El mas se fundamenta en un régimen de subsistencia, apoyado en una actividad diversificada, agrícola, ganadera y en algunas zonas forestal, perfectamente interrelacionadas entre sí” (E. RUIZ, 1990).

Este singular modelo de poblamiento disperso originado en el proceso repoblador característico de la Edad Media pretendía asentar al mayor número posible de nuevos colonos en las tierras de frontera, para ganar la batalla de la ocupación del territorio y, por tanto, generando nuevos recursos a los señores feudales que se aventuraban a la conquista de los márgenes, de la última frontera, de las marcas o límites del nuevo territorio, como bien señalan las numerosas fortificaciones que jalonan esas tierras, así como las interesantes masías fortificadas que intentan ocupar los huecos dejados por las primeras (D. MALLÉN, 2007).

Sin embargo, llama poderosamente la atención el hecho de que la bibliografía parecía haber olvidado este fenómeno en otros territorios igualmente destacados de las zonas de interior de la Comunidad Valenciana, donde este modelo también prosperó con abundancia y del que quedan abundantes e interesantes ejemplos.

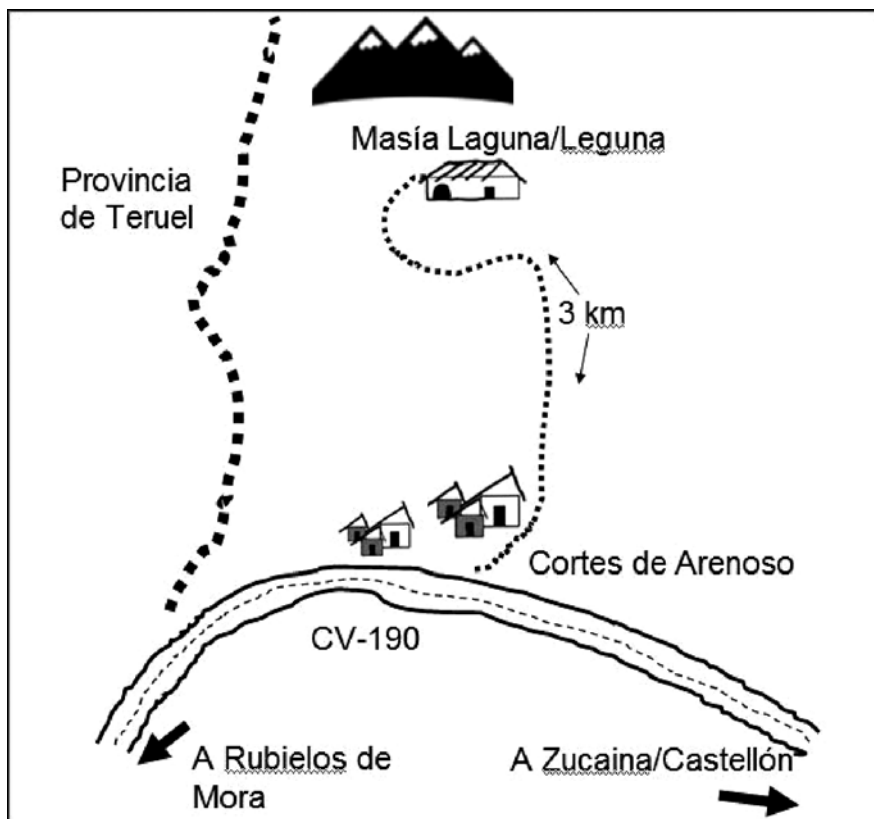


FIGURA 1. Croquis de situación de la masía.

Nuestra propuesta pretende fijar la atención en un término municipal de la comarca del Alto Mijares, en la provincia de Castellón, lindando con la turolense población de Fuente de Rubielos y la más conocida Mora de Rubielos (Figura 1), zona a la que lógicamente se asemeja en clima, paisaje y tipo de explotaciones, es decir, clima continental severo, paisaje de montaña con abundantes masas forestales, así como una destacada presencia de explotaciones más ganaderas que agrícolas, diseminadas por todo el territorio, para explotar hasta la última brizna los escasos recursos, principalmente de pastos para los animales, que estas tierras pueden proporcionar.

El término municipal que aquí presentamos alberga un modelo de poblamiento disperso, con más de sesenta masías habitadas a principios del siglo XX.

2. La masía Leguna

La masía a la que nos referimos, la masía Leguna, que más bien ha de denominarse como aldea como veremos más adelante, está situada a 1.200 m. de altitud, en una zona elevada, en un lugar frío y ventoso, por contraposición al pueblo, protegido de las inclemencias del clima al encontrarse en una hondonada a 860 m. de altitud (Figura 2). La Leguna se encuentra alejada a una hora de marcha a pie del núcleo urbano, en el denominado Barrio de Arriba, como así se llama al conjunto de masías dispersas que se asentaban sobre el territorio situado al norte de la población.

Como indica E. RUIZ (2005), “pendiente y altitud elevada propician la presencia del *mas*, ya que determinan la dispersión de los recursos, sobre todo agrícolas, y favorece las actividades ganaderas extensivas”.

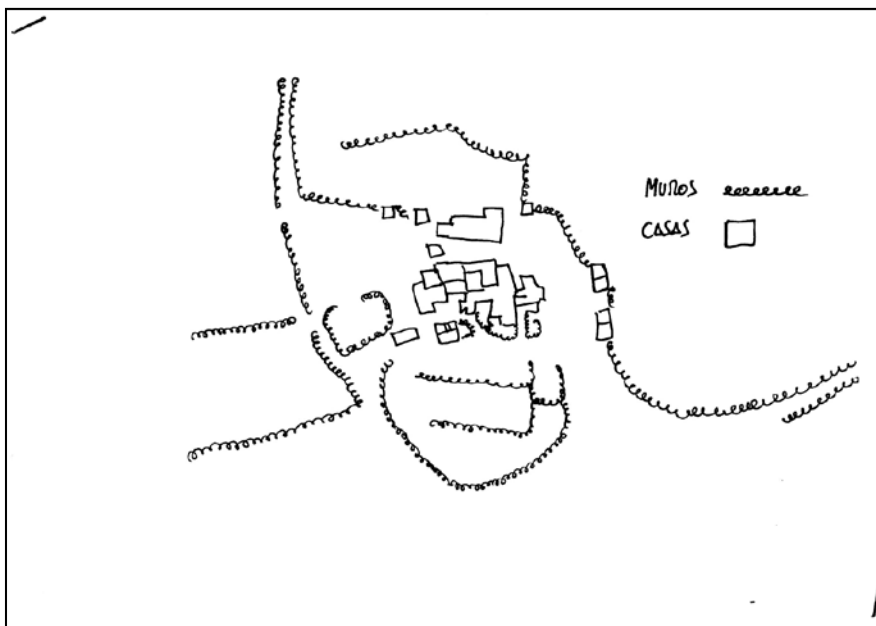


FIGURA 2. Estructura de la aldea.

La masía es más bien una pequeña aldea, incluso con un esbozo de calles, con sus casas, pajares y corrales, en la que llegaron a vivir hasta 15 familias, descendiendo hasta 9 a principios del siglo XX y llegando al abandono definitivo del poblamiento permanente en los años 60 del pasado siglo.

Al estudiar la arquitectura del lugar, podemos aventurar que La Leguna se inicia como casa unifamiliar, la masía tradicional, que se va

ampliando progresivamente al construirse nuevas edificaciones, casas, pajares y corrales, para albergar, originalmente, a los descendientes de los propietarios primigenios, toda vez que en esta zona, a diferencia del Maestrazgo castellonense, que conserva el sistema de transmisión patrimonial propio de Cataluña, el *hereu*, se realiza la división de la propiedad entre los herederos.

Así, podemos ver como sobre un núcleo inicial, con una casa principal de mayor altura, que quizá fuera una antigua masía fortificada, como correspondería a este lugar de frontera entre el Reino de Aragón y el de Valencia, se han ido adosando nuevas construcciones y cuando éstas han rodeado ya el edificio inicial, se ha producido un salto, en búsqueda de nuevos espacios abiertos, de acceso a la luz, iniciándose entonces la creación de unas incipientes calles o proto-calles, a partir de las cuales se ampliaría el sistema constructivo del enclave paulatinamente. Este elemento se configura como uno de los elementos de mayor interés del lugar.

Esas nuevas estructuras familiares perdieron, con el tiempo, sus lazos comunes, por lo que los pobladores que ocuparon las diversas casas a principios del siglo XX ya no tenían lazos familiares, por lo que vivían con cierta independencia unos de otros.

Las diferentes estructuras mantienen el predominio de la piedra en seco, combinado con la caña, la teja y la madera, junto con empleo de mortero de manera puntual para reforzar las estructuras. La piedra en seco se utiliza para las casas, pero también para los corrales, para las pequeñas guardas de las gallinas y otros animales, así como en los cerramientos de los corrales y en las vallas exteriores que circundaban el recinto.

La piedra en seco también destaca en los muros coronados en forma de rastrillo (Figura 3) que separan las zonas de cultivo del perímetro de la aldea, así como en la vía pecuaria de acceso, para evitar que las ovejas entraran en los cultivos, con los subsiguientes daños.

Llama poderosamente la atención como, efectivamente, el principal sistema constructivo empleado es el de la piedra en seco, a pesar de ser éste un complejo de habitaciones utilizadas como viviendas permanentes. Se trata de un claro indicativo del carácter humilde y austero de los pobladores de este lugar, puesto que la piedra en seco tiene un uso principal para elementos arquitectónicos secundarios, como muros, corrales y otros elementos: “Los paisajes de piedra en seco son por tanto soluciones constructivas y funcionales a diversas situaciones de intervención sobre el medio” (J. DOMINGO y A. BESÓ, 2011).



FIGURA 3. Detalle de los muros.

Las casas, principalmente con tejado a una sola agua, pero también a dos en algunos casos, se cubren con tejas árabes de arcilla y, resaltando el carácter inhóspito del lugar, se protegen con grandes piedras para impedir que el viento levante las tejas (Figura 4).

3. El paisaje construido de La Leguna

La explotación multiseccular del territorio para asegurar la pervivencia de los pobladores y el aprovechamiento hasta el extremo de los escasos recursos naturales, ha modelado un paisaje característico, con enebros jóvenes que intentan recuperar el terreno perdido por la intensa deforestación provocada por la imperiosa necesidad de proveerse de leña para los fuegos caseros, para obtener vigas y puertas para su uso como elemento constructivo de las casas, así como una sobreexplotación de las zonas de pastos para poder alimentar a los exiguos rebaños que podían alimentarse en la zona. De hecho, a esta masía, cuyos últimos habitantes abandonaron el lugar a finales de los años sesenta, nunca llegó un acceso para vehículos a motor o un tendido de luz eléctrica, por lo que siempre, hasta sus últimos días, dependió del transporte efectuado por mulas o a pie, así como del agua que se recogía con las caballerías en fuentes alejadas, al ser la más próxima de agua de mala calidad.



FIGURA 4. Vista general de la aldea.

No hay paisaje, en palabras de E. MARTÍNEZ (2007), “sin hombre porque la ubicuidad humana ha llevado nuestra huella hasta casi todos los lugares, y porque únicamente la mirada del hombre cualifica como ‘paisaje’, vuelve paisaje lo que naturalmente era solo territorio”.

Sin embargo, este paisaje construido, modelado por la mano del hombre durante generaciones, lugar que solo trae recuerdos de hambre, miseria y frío, como ya hemos indicado, vestigio de un pasado duro y difícil, que crea sorpresa y perplejidad entre los lugareños cuando el investigador se interesa por ello, es hoy un paisaje, un recuerdo, una evocación de singular belleza, que permite conocer y comprender cuál fue el duro modo de vida de nuestros mayores, que ahora interesa como estudio de nuestras costumbres pretéritas.

Siguiendo a X. ESTÉVEZ (2007), “paisaje no es sinónimo de naturaleza, sino más bien el producto de la acción del hombre en sociedad que, con su economía y su cultura y con la arquitectura y la agricultura como instrumentos principales, la transforma y se adapta a ella, creando el paisaje rural”.

4. Modo de vida

Los habitantes de La Leguna practicaron una economía de subsistencia, fundamentada en la práctica ganadera, formada por ovejas estantes, gallinas y conejos, así como la presencia de animales de tiro y

transporte como las mulas. Del mismo modo, cada casa disponía también de uno o como mucho dos cerdos. Los masoveros, arrendadores de las masías, disponían de un burro y los más adinerados hasta dos machos para labrar las tierras.

“Cada masía se concibe como una unidad de explotación más o menos ‘cerrada’. El espacio adscrito a la misma debe ser gestionado de manera que el masovero obtenga producción agrícola, pastos, leña y madera suficiente para cubrir las necesidades de la explotación” (J. IBÁÑEZ, 2005).

La aldea era pobre de solemnidad, como se constata con la existencia de pequeños hatos de no más de 15 ovejas por familia, utilizando las escasas tierras disponibles para pastos, que hacían imposible ampliar el número de ovejas del rebaño.

La agricultura propia del lugar, planteada como actividad secundaria y complementaria de la ganadería, consistía en el cultivo de escasas parcelas de cereal, principalmente trigo, cebada, maíz y avena. Para ello se utilizan las parcelas más próximas a la aldea, protegiéndolas con muros de piedra en seco de la presencia de los animales de la masía. Destaca igualmente la presencia de una era, situada entre las casas habitables y los pajares.

En la masía no había huerta, tanto por lo áspero del clima como por la falta de agua en las inmediaciones y sí una parcelación de las escasas tierras para cereal. “^{oo}Mucha hambre y mucho frío!!”, como recuerdan los antiguos pobladores del lugar a los que todavía pudimos entrevistar. “Nombres como Masico del Hambre (Sarrión) son un testimonio inequívoco de la precaria forma de vida de los masoveros que habitaban y explotaban unas tierras en las que frecuentemente resulta difícil explicar cómo se obtenían rendimientos suficientes para proporcionar un sustento estable a una familia de masoveros” (J. IBÁÑEZ, 2005).

Una constante en las entrevistas realizadas es la mención de La Leguna, por parte de los habitantes de la propia masía, como de un lugar inhóspito, lo que explica que se abandonara con rapidez en cuanto las condiciones permitieron a sus moradores desplazarse, bien al núcleo urbano o bien se aprovechó la oportunidad para iniciar una emigración a las grandes urbes.

La masía tenía dos hornos, uno en una de las casas y otro en un edificio anexo, haciendo las funciones de horno comunal. Estos hornos se encendían solo una vez cada quince días, dado que su mantenimiento, en leña, era muy importante y costoso.

Para la realización de los instrumentos, herramientas y utensilios tradicionales, se trabajó la artesanía de la boga, el mimbre y el cáñamo, todas ellas materias primas que se encontraban en el entorno más cercano de la masía. Igualmente se trabajaba con la madera del enebro para los cerramientos del techo, asociados con caña.

En esa economía de subsistencia de la que venimos hablando, hemos podido constatar la presencia de una economía principalmente basada en el trueque, de la que solo se libraba la venta de unos corderos para pagar la contribución, así como, en su caso, para hacer frente a la dote.

Tradicionalmente se habla de las masías como entes autosuficientes. Nada más lejos de la realidad en el caso de esta masía. La distancia con el pueblo, una hora andando, hacía que los habitantes de La Leguna bajaran diariamente para asistir a la escuela, pero también para la misa de los domingos y el baile de los fines de semana. Del mismo modo, en el pueblo podían proveerse de los textiles, herramientas metálicas y otros elementos de los que no se disponía en la reducida economía de la aldea.

Esta masía, junto con el resto de elementos del hábitat disperso de la zona, conocida con el nombre de Barrio de Arriba, disponía de una vida social intensa, quizá separada y desde luego autónoma de los habitantes del núcleo urbano. Así, hemos podido constatar la existencia del bureo, actividad lúdica en la que participaban todos los jóvenes de la zona, aprovechando este evento para reunirse, bailar, cantar, beber y soltar bromas, principalmente aquellas subidas de tono, especialmente en las largas noches de invierno.

El bureo, bien estudiado en otras comarcas aragonesas por M. R. PALOMAR ROS, así como por C. IBOR MONESMA y D. ESCOLANO GRACIA, era una ocasión especial para los masoveros de reunirse con sus vecinos, para distraerse y poner en práctica la necesaria solidaridad, para afrontar las dificultades y retos comunes.

Sin embargo, en las grandes ocasiones, se bajaba de manera solemne para las fiestas de la Virgen de Agosto, así como para San Antonio. En esas ocasiones festivas, de encuentro, era cuando muchos se dirigían, en animada romería, de masía en masía, recogiendo a nuevos acompañantes para dirigirse entre bromas y cantos hasta el pueblo. Los masoveros adornaban sus caballerías, sus machos, para esa ocasión, con la intención de alardear y mostrar lo mejor de cada una de las casas delante de los convecinos.

5. Conclusiones

La aldea objeto de esta investigación es un ejemplo particular, destacado, del uso de la piedra en seco no solo para construcciones secundarias o auxiliares, sino como elemento principal de las construcciones dedicadas a uso como viviendas. Se trata de un caso poco común, que se explica no solo por la presencia de importantes cantidades de piedra en la zona, junto con suelos poco áridos, sino también por la marginalidad y pobreza de este conjunto constructivo, lo que lo hace, paradójicamente, de especial interés y atractivo para la investigación, pero que también lo

convierte en un paisaje con especial encanto, por su belleza, propia de la modernidad. Destaca, en ese sentido, la perplejidad obvia con la que los informantes observaban el interés de los investigadores para con este remoto lugar, que solo traía recuerdos de marginalidad, frío y pobreza.

La Dirección General de Patrimonio Cultural Valenciano, atendiendo a la sugerencia del equipo del Inventario del Patrimonio Etnográfico que tengo el honor de coordinar, ha declarado este conjunto como Bien de Relevancia Local, para destacar un interesante ejemplo de poblamiento disperso y arquitectura rural de la piedra en seco en el interior de la provincia de Castellón.

Bibliografía

- DOMINGO, J. y BESÓ, A. (2011): “La pedra en sec al territori valencià”, en *Museu Valencià d’Etnologia*. Valencia. Diputació de Valencia, p. 211-221
- ESTÉVEZ, X. (2007): “Paisajes urbanos con-texto y pre-texto”, en NOGUÉ, J. (ed.): *La construcción social del paisaje*. Madrid. Biblioteca Nueva, p. 263-281.
- IBÁÑEZ GONZÁLEZ, J. (2005): “Las masías, eje vertebrador del paisaje de las serranías orientales turolenses”, en HERNÁNDEZ SESÉ, A. (coord.): *Mases y masoveros*. CEDDAR, p. 69-86.
- IBOR MONESMA, C. y ESCOLANO GRACIA, D. (2000-2002): “Sobre la música popular en la memoria de cinco localidades de Teruel”, en *Teruel*, 88-89, p. 277-313.
- MALLÉN ALCÓN, D. (2007): *Las masías fortificadas del Maestrazgo turolense: localización, función, estructura e inventario*. CEDDAR- Informes 13.
- MARTÍNEZ DE PISÓN, E. (2007): “Paisaje, cultura y territorio”, en Nogué, J. (ed.): *La construcción social del paisaje*. Madrid. Biblioteca Nueva, p. 327-337.
- PALOMAR ROS, M. R. (1995): “Los bureos en Mora de Rubielos”, en *Kalathos*, 13-14, p. 201-247.
- RUIZ BUDRÍA, E. (1990): *Hábitat disperso y explotación del territorio. Las masías de Mora de Rubielos*. Seminario de Arqueología y etnología turolense. Teruel.
- (2005): “El Mas turolense y la gestión del territorio”, en HERNÁNDEZ SESÉ, A. (coord.). *Mases y masoveros*. CEDDAR, p. 19-40.